

HOMILIA EN LA EUCARISTIA DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001
EN LA CAPILLA DEL PALACIO DE LA MONEDA.

Percival Cowley V. ss.cc.

Reunidos, una vez más, en una Eucaristía, en esta fecha especial y después de 28 años en un mismo Martes, recordamos y volvemos a hacer presente la Pascua de Jesús y en ella recordamos, volvemos a traer al corazón, a todos los que en ese día estuvieron en esta Casa y aquí mismo perdieron sus vidas. Recordamos, en primer lugar, al Dr. Salvador Allende, Presidente de la República y a todos los que cayeron con él y les encomendamos, una vez más, al amor y a la misericordia del Señor.

Ponemos también en sus manos, siempre acogedoras, a los que murieron esos mismos días en las calles de nuestras ciudades y en nuestros campos chilenos, a civiles y a uniformados. Expresamos igualmente una especial oración por todos nuestros hermanos que, en los tiempos que siguieron, sufrieron en su dignidad de personas humanas. Les encomendamos a ellos y a sus familiares, porque no podemos olvidar que las múltiples y atroces violaciones a los derechos humanos constituyeron en nuestro país un verdadero pecado social, por el cual, entre todos, debemos seguir siendo capaces de continuar pidiendo perdón, sin dejar de reconocer la verdad histórica que nos humilla delante de Dios y ante nosotros mismos. Esa única imagen y semejanza de Dios que podemos tener ante nuestra vista y que es el ser humano, todo ser humano, fue sistemáticamente violada y, con ello, también los derechos de Dios. ¡Hasta dónde fuimos capaces de llegar!

Hoy, en esta Eucaristía, nos encontramos, como siempre que la celebramos, con la Persona de Jesús, con su Palabra. ¿Qué nos dice, entonces, hoy en su Evangelio?

Primero, -como lo hacía siempre antes de tomar decisiones mayores-, que se fue al monte a hacer oración. Subió a la montaña, lugar de soledad, y se adentró en el silencio de su corazón, hasta encontrarse con su Padre Dios. Salió del ruido, de la agitación, de los requerimientos del quehacer cotidiano, para hacer silencio y dejar hablar a su Padre. Entonces, bajó de la montaña, se reunió con los discípulos, que le aguardaban, y llamó y eligió a los doce. A los que había de enviar, revistiéndolos luego de su propia misión, que había de mantenerse a través del tiempo y de la historia, a pesar de sus propias infidelidades: allí estaban Pedro, que le negó tres veces y los demás que le abandonaron en el momento del peligro. Allí estábamos también nosotros, con nuestras personales miserias humanas. Luego fue a encontrarse con las multitudes que le seguían para escucharlo y para que les sanara de sus debilidades. Le tocaban porque de El salía un poder que sanaba, que fortalecía: era la fuerza de su Espíritu, la misma que nosotros necesitamos.

En El se manifestaba, lo que hemos rezado en el salmo: "El Señor es bueno, es cariñoso, con todas sus creaturas; el Señor

es clemente y misericordioso". Es también lo que hoy mismo quiere recordarnos a nosotros en este día: que El sigue siendo el que es clemente y misericordioso, que El quiere hablarnos en las entrañas de nuestra libertad, que El es fuente de vida y de fortaleza, que El nos llama a cada uno por nuestro nombre, es decir, desde nuestra propia condición de personas, que somos frágiles y necesitamos afecto, para que también seamos clementes y misericordiosos con los demás.

En la Primera Lectura, volvemos a encontrarnos con el tema del poder, con el de Cristo y con los poderes de este mundo. La carta de San Pablo plantea un claro antagonismo entre uno y otro. Así nos advierte: "Tengan cuidado: no se dejen engañar por los que se apoyan en los poderes de este mundo". Primero, porque esos poderes son siempre finalmente débiles; porque, a lo más, duran un tiempo y otro tiempo; porque, en último término, poco o nada tienen que ver con el sentido más hondo de la existencia humana y con las expectativas del corazón.

Los poderes, en esta tierra, son todos creaturas. Todos podemos algo: unos más, otros menos; unos en algunas materias, otros en materias diferentes. Pero, justamente, estos poderes, cada uno de ellos, es ambivalente, lo que significa que, desde nuestra libertad, podemos emplearlos para el bien o para el mal; para construir o para destruir.

Podemos preguntarnos, entonces, cómo ejerce Jesús ese poder que emanaba de su persona.

Si seguimos su camino, el de quien nos dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", podremos darnos cuenta que es su coherencia, su propia responsabilidad ante la misión que se le ha encomendado, que es su verdad, lo que le conduce a la pasión y a la muerte en cruz. El que anuncia un reino de amor, de justicia y de paz, el que sana a los enfermos y resucita a los muertos, el que denuncia toda marginación, el que pone su corazón en los niños, en los pobres y en los pecadores, el que nos demuestra hasta qué punto Dios es cariñoso con todas sus creaturas es llevado hasta el madero de la cruz. No hay un acto de su poder que haya sido utilizado en beneficio propio. Toda su vida ha sido servicio, entrega de sí mismo, generosa acogida de toda miseria humana. Por eso, Dios le resucitará de entre los muertos y triunfará su amor sobre los poderes del mal, sobre el egoísmo, sobre los corazones que se cierran ante el dolor y la necesidad de los hermanos.

Es El quien nos invita y nos dice que vivamos unidos, echando raíces profundas en su persona, para que nuestra fortaleza pueda ser la suya, para que ningún egoísmo nos detenga y podamos seguir entregando nuestra vida, día a día, en el servicio fraterno. Serán este servicio y esta entrega cotidiana los que nos acercarán a la verdadera alegría, ésa desde la cual brota, como de fuente de aguas puras, la acción de gracias al Señor, la Eucaristía que aquí celebramos, signo eficaz que nos convoca a vivir y realizar, ese servicio y esa entrega, en el concreto desvivirnos por los que más requieren nuestro

compromiso.

Vivir unidos, significa vivir reconciliados. Esta última palabra ha adquirido entre nosotros una modulación fundamentalmente vinculada a hechos del pasado. No podemos ni debemos olvidarlos: son parte de nuestra historia de país que jamás debería repetirse. Siguen aguardando, en la mayoría de los casos, la verdad y la justicia. Sabemos que sólo entonces podrá venir el perdón, ése que siempre desea expresarse ante el corazón humillado que lo pide sin soberbia.

Sin embargo, sin desconocer la realidad de ese pasado pendiente que nos sigue agobiando como país, es necesario reconocer que hay otras realidades que nos cuestionan hoy y vienen a interrogarnos sobre la sinceridad de nuestros propósitos de unidad.

Aquí están las enormes diferencias en las posibilidades de acceso a la educación y a la cultura; allí están también los desafíos que provienen del derecho a las atenciones de salud de todo ser humano; ahí están esas tremendas distancias entre los que lo tienen todo y los que tienen tan poco o casi nada. Todas estas realidades, que sólo podremos reconocer, en su urgencia desafiante, desde el silencio de un corazón que quiere escuchar el clamor de los que sufren, nos hablan también y fuertemente de una reconciliación que no quiere ser parcial sino llegar efectivamente a lograr esa unidad que simboliza esta mesa del altar donde Cristo se ofrece y se nos ofrece a todos; donde El quiere hacernos efectivamente hermanos, porque hijos de un Padre común.

Es necesario reconocer todo lo que ya se ha hecho en este sentido, los enormes esfuerzos empeñados, pero es igualmente necesario reconocer la tremenda tarea que aún nos aguarda porque "los pobres no pueden esperar".

Por eso, en esta Eucaristía, que celebramos en un día tan especial, resulta fundamental que pidamos de un modo particular por todos los que tienen mayores responsabilidades de gobierno, especialmente por el Presidente de la República y sus Ministros; por todos los que son parte del poder legislativo, para que legislen en favor de los pobres y del bien común, y por todos los que cargan con la dura tarea de hacer justicia en los tribunales del país, para que cada uno de ellos y cada uno de nosotros seamos capaces y tengamos la fortaleza del Espíritu para seguir esforzándonos para ver la realidad que tenemos ante nuestros ojos, para reconocer agradecidos la paciencia de los más pobres, y para empeñarnos cada día más en ese servicio generoso que encuentra los caminos para transformar nuestro mundo, para hacerlo más habitable y más fraterno para todos y para desterrar cualquier exclusión.

Al celebrar hoy esta Eucaristía, de alguna manera, subimos a la montaña del silencio, donde escuchamos el llamado del Señor: pongamos, entonces, nuestra libertad y cualquier poder que tengamos, en sus manos y comprometamos, una vez más, nuestro

corazón y nuestra vida en ese servicio en el que podemos estar siguiendo a Jesús, aunque nunca lo comprendamos del todo, porque, como nos lo recuerda San Juan Evangelista, "sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida" -que es el verdadero sentido de cada Eucaristía en la que participamos- "porque amamos a los hermanos" y, porque, como nos decía San Juan de la Cruz: "en la tarde de nuestra vida seremos juzgados por el amor". Amén.